

**IX CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
“GRUPO ITEVELESA”**

EL LEMA TENEBROSO

La estación de I.T.V. bullía con la rutina del día: motores al ralentí, luces parpadeantes, mecánicos comprobando gases de escape, y el murmullo habitual de “gire el volante, por favor”.

El inspector Julián Varea, un hombre de cincuenta años, delgado, meticuloso y con el cabello entrecano, ajustó su chaleco azul con el logotipo de la I.T.V. Tenía una mirada precisa, acostumbrada a detectar el más mínimo fallo: un disco de freno irregular, un testigo del airbag oculto, una marca de óxido donde no debía haberla. Pero también, más allá de su trabajo, era un hombre que creía que revisar un coche era un tema de responsabilidad hacia la sociedad:

—Cada vez que alguien pasa la I.T.V., también está diciendo que le importa no causar daño a nadie por negligencia —solía repetir a sus alumnos de prácticas.

Aquella mañana de martes, sin embargo, iba a enfrentarse a una revisión que no figuraba en ningún manual.

A las 11:37 entró en la línea 3 un Mercedes 300D de 1982, perfectamente restaurado. La pintura estaba impecable, el cromado relucía y los papeles estaban en regla. Al volante, un hombre de unos sesenta años, traje oscuro, guantes de cuero y una sonrisa cortés. Entregó la documentación sin dudar:

—Buenos días. El coche es histórico, pero lo mantengo al día. La seguridad, ante todo —dijo con acento extranjero, apenas perceptible.

—Buenos días. Ernst Vogel... —pronunció Julián, mientras hojeaba los papeles—. Su nombre suena alemán, pero habla perfectamente nuestro idioma.

El hombre sonrió con un leve movimiento de labios.

—Vivo aquí desde hace cuarenta años. Ya soy más español que alemán, créame.

—Abra el capó, por favor —le pidió el inspector.

—Por supuesto.

El inspector se dispuso a revisar el vano motor.

Al levantar la tapa, el brillo del motor casi lo cegó, pero lo que más le llamó la atención no fue su limpieza, sino una inscripción diminuta grabada en una pieza metálica: «Kraft durch Freude», “La fuerza por la alegría”.

Era un lema del Tercer Reich, estampado en los automóviles fabricados bajo el régimen nazi y que poca gente conocía.

Julián frunció el ceño. Su pasión siempre había sido la historia de la Segunda Guerra Mundial.

—¿De dónde ha sacado esta pieza? —le preguntó.

Ernst bajó la mirada unos segundos.

—Es original. La compré a un coleccionista de Berlín. No tiene ningún significado político, le aseguro.

Pero el inspector sabía leer los matices: el leve temblor de la voz, la forma en que sus dedos se crispaban sobre el volante...

—Pise el acelerador —le indicó.

El rugido del motor le impactó. Se quedó durante algunos segundos sin poder reaccionar sin saber exactamente el motivo. Sonaba diferente a otros vehículos de su cilindrada y aunque es indudable que un coche histórico tiene algo de romántico y suele llamar la atención, ese rugido parecía un grito del pasado.

El coche era una joya con la suspensión impecable y muy bien cuidado para su antigüedad.

Siguió con la revisión. En el banco de gases, el coche dio resultados inusualmente bajos, incluso para un motor restaurado. Julián se inclinó sobre la pantalla:

—Esto es extraño... un diésel tan antiguo no puede emitir tan pocos gases.

—He modificado el sistema de escape —dijo Ernst, algo incómodo—. Lo hago por respeto al medio ambiente.

—¿Podría mostrarme la modificación?

El hombre dudó. Luego se encogió de hombros.

—No tengo problema.

Abrió el maletero y mostró una caja metálica conectada al tubo de escape por un adaptador artesanal. En la superficie había grabadas unas letras en relieve, apenas visibles bajo el polvo: "BAYERISCHE RÜSTUNG GmbH."

Julián sintió un escalofrío.

—¿Sabe lo que significa "Rüstung"? —preguntó.

—Industria —respondió el hombre, con tono seco.

—No exactamente. Significa "armamento".

Un tenso silencio se posó entre ellos, frágil y expectante, como un secreto suspendido que ambos temían romper.

Julián fingió anotar unos datos en la hoja, mientras con un paño limpió algunos restos brillantes pegados al extraño dispositivo. Su gesto era tranquilo pero por dentro su mente iba a mil por hora: una pieza nazi en el motor y un dispositivo de una antigua fábrica de armas alemanas. Todo apuntaba a que aquel hombre ocultaba algo más que gusto por los coches clásicos.

Cuando el coche terminó la línea de inspección, Julián le entregó al cliente una hoja provisional.

—Todo correcto, salvo que necesito verificar una referencia de emisiones.

Le llamaré mañana, si no le importa.

Ernst sonrió.

—Claro. Todo está en regla.

En cuanto el Mercedes desapareció por la puerta, Julián llamó a su amigo Andrés, policía y apasionado como él de la historia de la Segunda Guerra Mundial.

—Hazme un favor, necesito que busques el número de bastidor siguiente: WDB123013-10-452678.

Así lo hizo y tras unos minutos el sistema informaba que el coche era de importación y aparecían varios dueños; todo aparentaba estar en regla.

—Nada sospechoso —respondió Andrés.

De pronto el inspector tuvo una idea fulgurante como un destello nacido del instinto.

—Teclea un 3 en lugar del último número 8. Es una práctica habitual en los coches robados para enmascarar su rastreo —añadió.

—Con ese bastidor aparece como registrado en Múnich en 1984, y lo más alarmante es que el coche fue reportado como desaparecido junto con su propietario tras una investigación por crímenes de guerra.

Julián no podía creerlo. Un fugitivo nazi, en su ITV.

— Debemos estar seguro antes de actuar y tenemos que tener algo más que sospechas —comentó Julián.

Contactó con su amiga Lucía, que trabajaba en la unidad medioambiental de la policía.

—Lucía, necesito que analices los residuos blancos que tiene este paño y también esta medición. Es demasiado limpia para ser real.

—¿Un coche diésel que contamina menos que un híbrido? Eso es raro.

—Exacto. Pero no quiero que salten las alarmas sin asegurarnos antes.

Al día siguiente Lucía lo llamó para informar del resultado del análisis.

—Lo que has visto no actúa como un catalizador normal sino que está generando ozono residual, lo que significa que hay una reacción química ahí dentro. Y si eso falla, puede liberar gases tóxicos.

—¿Tóxicos?

—Cloro, por ejemplo. O algo peor.

Julián se quedó pálido.

—Tenemos un problema mayor que un simple fraude ecológico —añadió.

Esa noche, Julián quedó con sus amigos para realizar búsquedas en el ordenador sobre nazis huidos que tuvieran la edad de Vogel.

Encontraron fragmentos de un viejo informe desclasificado: un ingeniero químico que había trabajado en programas de armas biológicas durante la Segunda Guerra Mundial, desaparecido tras un juicio fallido. Se rumoreaba que había huido a España bajo identidad falsa.

Y entonces comprendió: el lema nazi en el motor no era una nostalgia inocente; era una firma.

Andrés, el policía, colocó a Julián un aparato escucha y le proporcionó un diminuto GPS para que lo ocultara en el Mercedes.

A la mañana siguiente, Julián recibió una llamada en la I.T.V.

—Soy Vogel. ¿Ya puedo recoger la ficha técnica?

Julián fingió normalidad.

—Sí, claro. Pero hay un pequeño detalle que necesito verificar in situ. ¿Podría acercarse de nuevo con el coche?

El hombre tardó varios segundos en responder.

—Está bien. En media hora.

Julián colgó y llamó discretamente a Andrés.

—No te expongas. Solo mantenlo ahí. Nosotros nos encargaremos de seguirle —le previno.

Cuando el Mercedes volvió a entrar en la nave, el inspector sintió un nudo en el estómago.

Ernst bajó del coche con su serenidad habitual.

—Aquí estoy. ¿Cuál es el problema?

Julián lo guio hacia el banco de emisiones.

—Nada grave. Solo una verificación ambiental. Ya sabe, la seguridad vial y la protección del medio ambiente son nuestra prioridad.

El hombre sonrió con ironía.

—A veces me pregunto si tanto control no es una forma moderna de dictadura.

Julián le miró fijamente.

—Prefiero una dictadura de la seguridad ambiental antes que una libertad para destruir.

Durante unos segundos, el tenso silencio se podía cortar con un cuchillo. Julián levantó el capó y fingió revisar el motor, mientras colocaba discretamente el localizador GPS en el chasis, siguiendo el procedimiento que su amigo le había indicado.

Ernst notó algo extraño.

—¿Qué hace exactamente, inspector?

—Solo verifico el número de serie —respondió.

Antes de que Julián pudiera reaccionar, el hombre cerró el capó de golpe, subió al coche y arrancó. El rugido del motor resonó en toda la nave.

Julián corrió hasta el teléfono y avisó a Andrés.

—Está huyendo. Sigue al GPS.

—Algo falla. No tenemos lectura de datos del rastreador —informó el amigo.

El inspector entendió que debía actuar rápidamente, en caso contrario el sospechoso se escaparía. Cogió su coche aparcado y se lanzó tras el Mercedes, persiguiéndole sobre la carretera nacional durante media hora

Tras internarse en un bosque, llegó a una mansión donde se alzaba un chalet solitario, moderno pero rodeado de estatuas corroídas por el paso del tiempo.

Julián detuvo su coche a una distancia prudencial, evitando que fuera visto, y llamó a su amigo, el policía.

—Estoy frente al chalet del sospechoso. Envía unidades. Te envío localización al móvil.

Vogel bajó del Mercedes y abrió el maletero para sacar el dispositivo que transportó hasta el borde de un afluente a unos cientos de metros. Si el nazi liberaba los vertidos, podría causar un desastre ambiental.

El inspector hizo un ruido que alertó a Vogel. Sospechando algo inusual, desistió del vertido y decidió ir a su mansión.

Julian saltó la valla y se acercó hasta una ventana donde se podía ver a Vogel en el salón, rodeado de planos y viejas fotografías de gran tamaño. En una de ellas, un grupo de hombres con uniformes grises posaba junto a un prototipo de avión. Un chasquido de rama alertó al nazi que levantó la cabeza y lo vio. Manteniendo la tranquilidad, le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Julian manteniendo el tipo, fue hasta la puerta de entrada que Vogel abrió.
—Adelante. Tengo curiosidad ¿Cómo ha llegado hasta aquí?
—Siguiendo su rastro contaminado—contestó Julián, con tono firme.
—¿Contaminado? ¡Soy un científico! He dedicado mi vida a perfeccionar motores limpios.

—Los motores limpios no generan residuos químicos peligrosos.
Vogel suspiró.
—Usted no entiende. Nosotros buscábamos energía pura, sin residuos, pero el mundo nos llamó monstruos.

—Porque lo que hicieron fue usar esa energía para matar.
El viejo nazi lo miró con una mezcla de desprecio y tristeza.
—Usted no sabe nada de sacrificios. Europa necesitaba alguien que le imprimiera orden.
—Europa necesitaba conciencia. Conciencia para que cada motor, cada vehículo, funcione sin poner en riesgo la vida de otros.

Hubo un largo silencio hasta que Vogel bajó la mirada hacia la caja.
—No dejaré que destruyan mi trabajo.
—Su trabajo destruye el aire que respiramos —replicó Julián, enfadado.
De repente, Vogel giró una válvula del dispositivo y un gas blanquecino comenzó a salir, inundando todo el salón. Julián retrocedió y abrió una ventana.
—¡Está loco! ¡Eso es tóxico!

—Solo a corto plazo. Después el aire quedará limpio. ¡Más limpio que nunca!

El inspector cubrió su boca con un pañuelo y gritó al policía por el comunicador:

—Está liberando gases venenosos. Necesito ayuda inmediata.

A lo lejos, las sirenas de los coches policía resonaban, advirtiendo que se acercaban a toda velocidad. Vogel intentó huir por la puerta trasera, pero Julián lo interceptó.

—Se acabó.

El nazi lo miró con ojos enrojecidos por la rabia.

—Ustedes creen que son mejores, pero siguen construyendo coches, contaminando, destruyendo bosques...

—Para evitarlo los revisamos: para que no maten, ni por accidente, ni por ideología.

Vogel dudó. El gas lo mareaba; finalmente cayó de rodillas, jadeando.

Los agentes de la policía entraron con máscaras protectoras. Andrés y dos de ellos redujeron a Vogel sin resistencia.

Lucía, que había llegado con el equipo ambiental, selló la caja metálica y empezó a medir el aire.

—Cloro y ozono en concentraciones elevadas —informó—. Si no hubieras intervenido, habría contaminado todo el arroyo.

Julián, todavía aturdido, se apoyó en una pared.

Después de una hora, Andrés se acercó para informarle de todo.

—Buen trabajo, amigo. Hemos confirmado su identidad. Su nombre real es Carl Müller, buscado por la Interpol desde hace más de treinta años.

Julián asintió en silencio. Miró por la ventana: el Mercedes gris reposaba inmóvil, envuelto en una ligera niebla que realzaba su línea elegante, ocultando secretos de un pasado aterrador.

Días después, en la ITV, Julián revisaba una moto eléctrica cuando Lucía se acercó con un periódico. En portada: “Detenido nazi fugitivo gracias a un inspector de ITV”.

Él frunció el ceño.

—No me gusta ver mi nombre ahí.

—Pero gracias a ti también evitamos una catástrofe ambiental.

Julián sonrió.

—A veces, revisar un coche es como revisar el alma de quien lo conduce.

Si hay algo que chirría, tarde o temprano se nota.

Lucía asintió.

—Supongo que esa es la verdadera inspección técnica.

Ambos rieron hasta que el rugido de un motor los trajo de vuelta a la realidad. Un joven con un coche nuevo entró en la línea de revisión. Julián se ajustó el chaleco y se acercó con su carpeta.

—Buenos días. Apague el motor, por favor. Vamos a comprobar que su coche está en perfectas condiciones para circular.

El joven asintió, y la jornada continuó como si nada hubiera ocurrido, pero en el aire flotaba una certeza: cada revisión, cada medición, cada norma, eran una forma de proteger la vida y el planeta.

El inspector sabía que el mundo no se salvaba con grandes gestos heroicos, sino con actos meticulosos de responsabilidad: frenos revisados, emisiones controladas, luces en perfecto estado...

Porque en cada vehículo, por reluciente que luzca su pintura, puede ocultarse el peligroso latido que amenaza la seguridad de los vivos o el reflejo perverso del pasado; solo la luz de la razón —esa que vela por la seguridad y por el respeto ambiental— es capaz de desvelarlos y mantenerlos a raya bajo su férreo resplandor.